



Suicidio: Moral; Mercado; Libertad

Bruno Puleo

CI :3.526.559-0

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Tutor: Adriana Mollas

Uruguay Canelones, febrero 2020

Índice general

Resumen	pág. 04
Introducción	pág. 05
Organizaciones organizadas	pág. 07
Subjetividad y suicidio social	pág. 12
Mercado y Nihilismo social	pág. 24
Soledad sin crucifijo	pág. 27
Reflexiones finales	pág. 31
Maldito Bell	pág. 33
Guerreros	pág. 35
A ellos	pág. 39
Bibliografía	pág. 41

H. E. U. I.

Resumen

En el siguiente trabajo se plantea hacer un recorrido por las lógicas impulsadas desde los centros de poder.

Lógicas que impone el mercado, la religión y las instituciones de alcance mundial, así como aquellas que a nivel local son encargadas de replicarlas, como instrumentos del capitalismo, destinados a normalizar la forma en que vemos, valoramos y juzgamos al sujeto suicida.

El peso de la sociedad mediante la generación de subjetividades individuales aceptables, destinadas a formar parte de un todo social considerado sano, separando a los individuos inadaptados a los que considera delincuentes o enfermos.

Pese a esta forma de organización, de los poderes económicos y sus instituciones por un lado, y las sociedades con sus instrumentos de adoctrinamiento (subjetivación) por otro, existen individuos que ajenos a todo deciden ser ellos quienes ponen el punto final a sus vidas. Las razones que llevan al sujeto a tomar esta decisión, veremos son múltiples, no así la forma en que las sociedades les ven y tratan. A ellos, como también a quienes forman parte de su círculo cercano.

El Uruguay post batllismo, con su Estado separado de la iglesia, ha sido incapaz de generar herramientas que apunten a brindar apoyo desde los diferentes ámbitos a los sujetos suicidas, como tampoco a los más cercanos a estos. Tampoco la era de los gobiernos progresistas, con las mejoras existentes, han sido capaces de poner al servicio de estos sujetos medios de consulta y acompañamiento, alejados a las lógicas dominantes.

Introducción

A pesar de los intentos generados desde el Estado y sus instituciones a nivel local, y de las organizaciones de salud a nivel global, el suicidio continúa siendo una cuestión problemática para lo que no se tiene solución. Desde los organismos nacionales e internacionales de salud no se encuentra la forma capaz de, sino eliminar, disminuir las tasas de suicidio existentes. Las causas son tan distintas como las realidades existentes en cada sitio, en cada sociedad y para cada individuo. Las necesidades económicas, y con estas las necesidades básicas muchas veces insatisfechas, de unos. La insatisfacción personal a pesar de la riqueza de otros, el sentirse incapaz de alcanzar las metas autoimpuestas. Los vaivenes de la economía y el resultado que estos tienen en la realidad de muchos. Las motivaciones se muestran diferentes en los miles de casos existentes en el mundo. Lo cierto es que más allá de fechas particulares, el suicidio es actualmente un tema de enorme importancia e influencia a nivel de salud mundial como plantea la OMS, pero que no se ve reflejado directamente en la repercusión diaria.

El silencio apaga lo que los ojos evitan ver. La realidad es ocultada en cuatro paredes, donde el sufrimiento se vive en una privacidad no necesariamente buscada, y donde los abrazos desaparecen entre rumores.

El hecho natural de la vida, de una vida que se presenta con una mujer embarazada, y que trae alegría para los padres, que rápidamente comparten con sus familiares y amigos, tiene su contrafuerte en el silencio culpable de la familia, de los amigos, de aquel sujeto que decide suicidarse. La pena encuentra una barrera aún más fuerte en la propia sociedad. Al respecto la Asociación catalana “Después del suicidio- Asociación de supervivientes” (DSAS), en su página web y bajo el título “Suicidio, palabra tabú”, plantea.

Nuestra sociedad se siente incómoda hablando de la muerte, trata de esconderla, de disimular, y en el suicidio, a menudo, silenciarla. La muerte con frecuencia es un tema tabú. El instinto más fuerte en los seres humanos es el de supervivencia y el suicida va contra él. Por ello se le estigmatiza.

El estigma del suicida es tan poderoso porque cuando una persona se suicida rompe, en cierta manera, con una regla no escrita que dice “no eres libre de dejar la sociedad cuando tú quieras”. El suicida rompe esta regla. Los supervivientes, con frecuencia, puede que nos sintamos culpables de nuestro fracaso de no haberle salvado. (DSAS, 2017)

La muerte del suicida genera un gran conflicto en la comunidad en que vivía, despierta preguntas, distribuye culpas y señalamientos sobre quienes formaban parte del círculo más estrecho.

De Paula y otros, en su artículo de investigación plantean una característica que hace único al acto suicida

“...la complejidad del evento mismo después de que haya ocurrido, lo cual se entiende que el acto afecta no solamente al individuo que realizó la tentativa, sino también a todos los que de cierta forma conviven con él.” (De Paula, Botelho, Silva. 2015, p. 428)

Los sujetos que llevan adelante un intento suicida, con éxito o no, así como quienes integran el círculo íntimo de quienes cometen suicidio, cargan sobre sus espaldas, como si de una mochila se tratara, con la culpa, por su supuesta incapacidad para proteger a la sociedad de este acto. Son señalados, marcados, estigmatizados, como responsables de un acto que resulta insoportable

De origen griego “Estigma” hacía referencia a las marcas que ciertos sujetos como esclavos y delincuentes, llevaban. Las sociedades modernas estigmatizan al suicida y su círculo, esto se da en base a una subjetivación social determinada. De esta subjetivización a

la que están unidos todos los integrantes de la sociedad, la que les hace parte de ella, participan distintos ámbitos que hacen al sujeto. El mercado, la religión, la moral, los mandatos de las lógicas hegemónicas.

Aun sabiendo de esa estigmatización, y las consecuencias que sus actos traerán. Conociendo los castigos prometidos para ellos, así como para los más cercanos, decena de miles de personas se suicidan cada año en el mundo. Y es que no hay mayor expresión de la libre elección, no hay un más alto ejercicio de libertad individual, que la decisión de morir. Escapando a los mandatos sociales, a los miedos religiosos, y los deberes morales. Desoyendo al mercado y sus ofertas, cada año, por distintas razones miles de hombres y mujeres, defienden su derecho a decir basta.

Desde las organizaciones globales, los distintos actores trabajan en función de intereses ajenos a esos sujetos suicidas, colaborando con la generación de una imagen lasciva y destructiva del individuo suicida. Culpano al resto de la sociedad por su incapacidad para generar instrumentos que sostuvieran activa su voluntad de mercado, por su falta de creatividad para engañar a personas libres con espejos nuevos y trucos viejos. En definitiva la batalla está dada entre dos libertades, el libre uso de nuestra libertad, y el uso libre, de la libertad dada.

Organizaciones organizadas.

El suicidio es el acto por el cual una persona se provoca la muerte. La RAE (2019) en su versión en línea, lo define como “Acción o conducta que perjudica o puede perjudicar muy gravemente a quien lo realiza.”

Existen otras organizaciones que se han dado a definir el suicidio, esto desde su

perspectiva particular y según los intereses que mantienen. Nos apresuramos a aclarar que no necesariamente el que volquemos en este trabajo algunas de ellas, significa que la compartamos.

La Organización Mundial de la Salud (OMS), por su parte, definió el suicidio como “un acto con resultado letal, deliberadamente iniciado y realizado por el sujeto, sabiendo o esperando su resultado letal y a través del cual pretende obtener los cambios deseados”. (Canetti, 2017, p. 108)

En esta definición la OMS, no hace sino suponer, dar por hecho, que quien decide suicidarse lo hace buscando generar un cambio a su alrededor, o en la circunstancia que hasta ese momento le rodeaba. Difícilmente el cambio buscado pudiera ser observado o disfrutado por el sujeto suicida, una vez llevado a cabo ese acto. Esta definición supone una idea fatalista en el pensar suicida, donde el cambio deseado resulta imposible, inalcanzable por su propio hacer, lo que termina generando en el sujeto unas ansias revanchistas con su entorno, al que intenta sin explicar demasiado porque, cambiar con su partida. Aquí se pone al suicida, como un ser incapaz por sí mismo de generar el ideal propio necesario para continuar viviendo.

Más allá de acuerdos y desacuerdos con estas y otras definiciones, resulta inevitable reconocer la relevancia de la cuestión suicida en la sociedad.

Según cifras de la OMS (2012), cada año cerca de 800 mil personas se suicidan, y por cada una de ellas entre 15 y 20 lo intentan sin éxito. Los países más pobres son quienes aportan el 79% de los suicidios a nivel mundial. La OMS considera al suicidio un grave problema de salud al que considera previsible.

Reunidos en Ginebra en septiembre del 2004, expertos de la OMS establecieron la importancia del suicidio como problema de salud pública. Aquí se establece que son multi determinadas, las causas que llevan al suicidio. Situaciones económicas, pérdidas de seres queridos (sean estas por muerte o rupturas amorosas), alcoholismo, drogadicción, o problemas psiquiátricos entre otros. Todo un abanico de situaciones o circunstancias que alcanza a prácticamente cualquier actividad humana.

Estos expertos pudieran ser entendidos como una raza especial de mercenarios. Que no se entienda mal este término, ni se piense que su uso es denotativo para con ellos. Pero es claro que en su necesidad siempre presente de fondos frescos parte de su función es mantener expectantes a los mecenas que hacen posible su actividad. Esto puede incluir el generar expectativas no necesariamente ciertas, o plantear proyecciones inexactas.

El profesor Mehlum (OMS, 2004), participante de esta conferencia plantea que es posible evitar el suicidio. Tomando en cuenta los métodos más comunes para llevar a cabo esta acción, plantea reforzar las limitaciones a los sujetos para acceder a psico-fármacos, plaguicidas, y armas de fuego. Para Catherine Le Gale (OMS, 2004), el suicidio supone un problema de salud a nivel mundial que ocasiona una devastación emocional, social y económica.

La voz de estos expertos, no hace sino replicar aquella proveniente de los intereses económicos dominantes. Defender la lógica dominante es proteger los sectores que financian su actividad. Su expertis los lleva a delimitar las razones del suicidio dentro de un margen de realidades tan amplio que abarca toda actividad humana. Parece claro desde el mismo llano, que no existe actividad alguna, que pudiera estar libre de distintos inconvenientes y que por ende, se pudiera transformar en algún grado de malestar para los sujetos. La

posibilidad de mayores restricciones en el acceso a productos como sustancias tóxicas, o armas de fuego, para evitar el suicidio aparece como una medida tan torpe como ineficaz. Es como pensar que es posible generar un ambiente lo suficientemente aséptico, como para evitar que el niño caiga al intentar andar. La prohibición, aun cuando esto aparezca en un principio como contradictorio, es parte de esa lógica impuesta por el mercado de elección eterna en la que estamos inmersos. No resulta para nada sorprendente, que en un encuentro promovido desde la OMS se llegue a la cuantificación económica del problema. Resulta curioso cómo estas organizaciones que se presentan como interesadas en el bien general, logran llevar toda situación a valores económicos. Por otra parte, vemos como continuamente desde las distintas instituciones de alcance global se procura encastrar los problemas existentes, dentro de distintas dimensiones preestablecidas. En el caso del suicidio, se busca llevarlo, reducirlo, a un problema de salud. Esto creemos debido a la visión médica hegemónica que determina según su lógica el alcance del problema, así como los caminos para alcanzar una solución.

En el Uruguay la ley N° 18097, declara al 17 de julio de cada año “Día nacional para la prevención del suicidio”. En el marco de esta conmemoración el 17 de julio pasado, se dieron a conocer las cifras oficiales de suicidios en el 2018. De acuerdo a lo informado desde la publicación oficial del Ministerio de Salud (2019), los índices de suicidio en la población continuaron aumentando, llegando a 22,25 cada 100 mil habitantes. Esto significa 710 personas muertas por suicidio durante 2018. En relación al año anterior (2017), esta cifra implica un aumento de 21 casos.

En 2011 el gobierno a través del Ministerio de Salud Pública, publicó el “Plan Nacional de Prevención del Suicidio” (PNdePdeS), en él además de dar cuenta del estado de situación,

se generaron ejes de trabajo. Tales que incluían salud mental, trabajo multidisciplinario, sensibilización de la comunidad y educación y formación de recursos humanos. El Estado desde sus instituciones planteaba un trabajo integral ante lo que entendía como un problema, y en consonancia a los mandatos internacionales, un problema de salud. El propósito de este trabajo fue contribuir con la calidad de vida de la población, como también con la salud mental de los uruguayos (PNdePdeS, 2011). La meta propuesta, fue la de reducir en un 10% la mortalidad por suicidio para el periodo 2011-2020.

La evidencia de los números, deja claro que la meta propuesta, devenida de un compromiso internacional adquirido en 2008 ante la OMS, que como parte de su plan de acción sobre salud mental 2013-2020 propone esta cifra (OMS, 2019), no fue alcanzada. O que, al menos, este proceso hacia el 2020 no parece estar destinado a alcanzar dicha cifra de descenso en los casos de suicidio. Aun así, y si bien creemos erróneo el enfoque dado al trabajo propuesto, podemos destacar la postura pro activa tomada por las autoridades. A pesar de esto, resulta evidente la influencia que en él tienen los intereses establecidos. Se proclama nuevamente el suicidio como un problema de salud. Se generan estrategias de trabajo partiendo de esa creencia. Se plantean acciones con la sociedad con intenciones profilácticas, como si el solo hecho de generalizar una postura pudiera solucionar un problema particular. Y es justamente eso lo que dejan escapar los expertos, sus técnicas y los millones que gastan. El suicidio es desde su concepción, un hecho individual, particular. Y no por el simple resultado del acto, la muerte del sujeto. Desde el momento en que esta idea aparece, hasta que se hace realidad, el proceso de la idea suicida se da en soledad. Esto, incluso reconociendo la existencia de distintas señales, que los expertos en salud plantean, da el suicida. La soledad, tomada esta como la simple reflexión interna del sujeto, es la

piedra angular del acto suicida.

Durkheim (1897) dice “...que se llama suicidio todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir este resultado” (p.11)

Resulta resaltable el estado de conciencia que el autor brinda al suicida. Aun cuando a la mayor parte de la población, incluso a nosotros mismos, pudiera parecernos inentendible, el sujeto suicida se encuentra necesariamente en control sobre sus decisiones, y las consecuencias de estas.

El poder sigue lógicas, y estas son trasladadas a la sociedad global a través de organizaciones internacionales, que bajo un manto de interés común le protegen. Son esas organizaciones las encargadas de enfrentar el problema que el suicidio genera en el poder. Un problema, como vimos, económico. Un desequilibrio en el mercado, y es tratando a los suicidas como enfermos la forma encontrada para enfrentarles y así decidir el castigo.

Subjetividad y suicidio social

Cada época histórica tiene su lógica particular, sus modos, sus poderes. Esto indica que cada momento histórico es generado a partir de una subjetividad social determinada, al tiempo que esa subjetividad fue impuesta desde los poderes existentes.

Esta subjetividad hegemónica que hoy compartimos, no es preexistente a la sociedad, ha sido moldeada, creada según los intereses del mercado actual y ha evolucionado con él. Mercado que propone e impone sus lógicas, como antes el rey a sus súbditos.

Este nuevo tipo de poder que no puede ya transcribirse en los términos de la soberanía es, creo, una de las grandes invenciones de la sociedad burguesa. Ha sido un instrumento fundamental en la constitución del capitalismo industrial y del tipo de sociedad que le es correlativa; este poder no soberano, extraño a la forma de la soberanía es el poder disciplinario. Foucault (citado por Ibarra, I., 2008, p.48)

Este poder disciplinario es ejercido de forma invisible, lo que no evita que imponga a quienes se encuentran bajo su dominio la obligatoriedad de ser visibles. Esta es la diferencia central existente en el paradigma de dominación actual, los sometidos son los que deben ser visibles (Foucault, 1975). El poder dado a esta lógica de control, está en el auto control social. Esto es, las masas controlando al individuo, y el individuo que observa la masa, se deja arrastrar por esta, en procura de ser aceptado.

Nuestro tiempo está marcado por el consumo como lógica dominante. El capital dueño del poder ejerce a través de los Estados, instituciones globales, y gracias a su maquinaria comunicacional, los procesos de adoctrinamiento y subjetivación. Es justamente, con el nacimiento de los Estados Nación que este nuevo paradigma de control se hace posible. Esta estructura novel, el Estado, es percibida como un poder político ignorante de los individuos, en busca de alcanzar los intereses de la comunidad, o más precisamente los intereses de un grupo de ciudadanos. (Foucault, 1988).

Estos procesos de subjetivación, no son sino, la apropiación del sujeto subjetivo, y la transformación de este. El capitalismo y la religión son dos estandartes de esta subjetivación de niveles globales. Uno, el primero, desde su concepción del mundo, alimentando y esparciendo sus ideales, a través de los medios de comunicación provenientes de la revolución tecnológica. El otro, la religión, en pos de mantener cautiva a una población que

históricamente ha colocado a esa institución, en un sitial privilegiado a costa del miedo y la ignorancia.

En cuanto a las relaciones de poder mismas, en una parte fundamental se ejercen mediante la producción y el intercambio de signos; difícilmente se les puede disociar de las actividades terminadas, ya sean -las que permiten ejercer el poder (como las técnicas de entrenamiento, los procesos de dominación, los medios mediante los cuales se obtiene la obediencia) o las que recurren a relaciones de poder con el fin de desarrollar su potencial la división del trabajo y la jerarquía de tareas. (Foucault, 1988, p 12-13)

Desde esta división del trabajo, desde la precarización del trabajo, con lo que esto trae desde el punto de vista del obrero, temor a perder su fuente laboral, incertidumbre sobre el futuro, el capital y el mercado controlan el accionar de un sujeto que no es ya dueño de su medio de subsistencia, sino que necesitado y esclavizado por este se encuentra incapaz de controlar su futuro, o de valorar sus habilidades.

“...hay "bloques" en los que el ajuste de habilidades, las redes de comunicación y las relaciones de poder constituyen sistemas regulados y concertado” (Foucault, 1988, p13)

Lo que el autor denomina bloques, no es sino el andamiaje creado por el sistema dominante con el fin de controlar a los sujetos en base a las necesidades que el propio sistema les ha generado.

Estos bloques, en los que la puesta en práctica de capacidades técnicas, el juego de comunicaciones y las relaciones de poder se ajustan entre sí siguiendo fórmulas pensadas, constituye lo que podría llamarse, ampliando un poco el sentido de la palabra, disciplina (Foucault, 1988, p13)

Esta disciplina no es sino la educación, el amoldamiento de los cuerpos de los sujetos, de sus ideales e ideales.

Religión y capital con todas sus herramientas subjetivantes, amoldan la moral. Moral que se puede pensar como un conjunto de normas consideradas buenas, y que se espera sean respetadas por los miembros de una sociedad determinada. Se inculca como toda acción de comportamiento respaldado por un marco social. La ley moral es un deber, más allá de lo necesaria o no que la consideremos, la ley moral y social sólo persigue obediencia (Deleuze, 2006). La moral es necesariamente aprendida en un lapso de tiempo, durante el cual se admite cierta in conducta, quedando el sujeto exento de responder por el incumplimiento. Esto se da en la infancia temprana, y conforme el sujeto crece y madura se espera responda de manera aceptable a estos mandamientos. Podemos plantear, si aceptamos que esta moral aprendida se encuentra al centro de la sociedad, que es parte de la cultura de esa sociedad. Cultura entendida como el modo de hacer de una comunidad en un contexto dado y un periodo de tiempo determinado. El conjunto entonces nos deja como resultado, que un acto moral es aquel que se encuentra dentro de lo establecido en un momento histórico determinado. En tanto un hecho inmoral es aquel acto no admisible por una cultura, sus costumbres, y normas. Aquí el bien y el mal son juzgados por los factores sociales dominantes. Lo que deja a la normalidad como también a la anormalidad, a lo moral e inmoral, ancladas en un tiempo particular, esto es, lo que cambia no es el acto en sí, sino los ojos de la cultura que los observa y juzga.

La trinidad moralista está basada en el esclavo, el tirano y el sacerdote (Deleuze, 2006). Uno no podría existir sin el otro, y solo la conjunción de este trió genera el ambiente ideal para reproducir el sistema de dominación actual. El secreto está en disfrazar el temor como

religión, logrando la sumisión en pos de la salvación (Deleuze, 2006). La iglesia de ayer, los centros comerciales de hoy, edificios ambos ostentosos donde todo se puede, y se alcanza la felicidad. Todo tirano necesita del sujeto pobre de espíritu, y este del tirano para conocer el camino a seguir (Deleuze, 2006). Las bases de la sociedad y de los sujetos en ella inmersos, han sido colocadas por el mayor opresor conocido. Un dios que todo lo sabe, lo hace y lo entrega, y que es venerado por sus adeptos, los únicos aceptados, desde los shoppings, tiendas, plataformas digitales y todo espacio entregado a la fe del mercado.

En el comienzo del libro segundo de “El suicidio” plantea Durkheim (1897) “...el suicidio debe depender necesariamente de causas sociales y constituir por esto un fenómeno colectivo.” (pág. 127). Partiendo de esta idea, podemos entender como un acto de auto conservación los mecanismos generados por la sociedad para protegerse de agresiones externas y mantener el control interno. Pautas de conducta, costumbres compartidas, una historia en común, la cultura en su total extensión. Entonces el sujeto que integra esa sociedad está culturizado por ella, lo que hace que por ende toda anomalía en el seno social, por ejemplo un sujeto enfermo, un delincuente, o el suicida, deben ser vistos como una falla propia de la sociedad. El auto infligirse un daño, culmine éste o no con la muerte del sujeto, es entonces un error en esos mecanismos de defensa.

La verdadera ciudad es aquella que prefiere el amor a la libertad y no futuras recompensas, o seguridad de sus bienes, sólo los esclavos aceptan ser recompensados por su buen comportamiento (Deleuze, 2006). Nuestras ciudades se encuentran pobladas de sujetos sumisos, solo autorizados a preocuparse por el buen cuidado de sus objetos, y el respeto por su riqueza. Individuos respetuosos del sistema, dispuestos a llevar adelante un comportamiento adecuado, permitido y respetuoso de los mandatos provenientes de los

centros hegemónicos de poder.

¿Pero por qué una sociedad supuestamente sana, genera individuos con necesidad de autoherirse?

La respuesta pudiera buscarse en la propia deficiencia de la sociedad para generar cambios a tiempo. Y más aún en el desequilibrio existente entre los sujetos que forman esta sociedad.

Una sociedad en definitiva, es un conjunto de individuos, que bajo el techo de una cultura en común y compartiendo un territorio, se unen cooperando unos con otros, para satisfacer sus necesidades. Si bien se entiende que este grupo en nuestra época goza por igual de ciertos derechos, no todos tienen la misma significación. Este extremo lo demostraremos algo más abajo. El estatus dentro de las sociedades es diferente según qué sujeto, y esto permite obtener diferente resonancia en los reclamos por cambios sociales. Esto significa que no es lo mismo, que no logra igual repercusión, la voz de un obrero sin mayor riqueza que sus habilidades laborales, que vende su fuerza de trabajo por un salario, que aquella voz proveniente del dueño de un medio de producción, que compra esa fuerza de trabajo. La sociedad desoye e ignora, los cambios pedidos por quienes ocupan los escalones más bajos, anteponiendo un supuesto bien general por sobre el individual. Claro que, como veremos más adelante, esta lógica cambia cuando el bien a proteger con los cambios exigidos pertenece a un individuo instalado en los escalones más altos de la sociedad. Esa incapacidad social de generar cambios a tiempo se transforma en ocasiones en heridas internas. Esto no significa que esas heridas lleven necesariamente al suicidio. Lo que hace diferente la herida generada por el suicidio es que la sociedad se ve imposibilitada para castigar al sujeto, corregirlo y llevarlo a retomar el camino establecido.

Las leyes escritas por el hombre, son la guía de conducta que cada sociedad espera se siga. Pero si este fuera su único fin no sería necesario escribirlas, alcanzaría con la transmisión oral o la demostración de hecho, como sucede con las historias de nuestros antepasados, la práctica de un juego o deporte. Las leyes se escriben porque son las normas a las que deben someterse los sujetos, a la vez que le dejan ver a estos los castigos existentes para quienes no lo hacen. Son una amenaza contra la actitud díscola o diferente. Sobre el rebelde, el distinto. Con ellas, las sociedades corrigen los males internos. Al que demuestra un comportamiento que se entiende extraño o extravagante, se lo considera loco, enfermo mental y se lo lleva lejos de la vista de todos, a instituciones especializadas en tratar con esa problemática, sitios generados con el fin único de re-programar la mente de estos individuos, preservando a la sociedad de esa visión ajena, distinta, sui generis del mundo. Quienes atentan contra otros o contra la propiedad privada, son llamados delincuentes y enviados a la cárcel. Esta institución es sin duda la estrella social del castigo, es la mayor muestra de poder y de cómo la sociedad, no admite ni tolera diferencias en el comportamiento establecido. Los sujetos sanos, aquellos que respetan las normas y la cultura, castigan a quienes atacan esas estructuras fundantes de toda sociedad, y lo hacen cada vez con mayor dureza. Alcanza con ver solo un instante la realidad carcelaria, para descubrir cómo hombres y mujeres son enviados allí, no ya para generar una integración social futura aceptable, sino con el solo fin de provocarles el mayor sufrimiento posible. Es un ojo por ojo social. En tal sentido en su informe el Comisionado Parlamentario Penitenciario, Petit (2018) señaló “Por ahora, el sentido punitivo nos domina. Nos dañaron, nos hicieron sufrir, pues entonces “Devolvamos” el sufrimiento...”. (p. 26). El castigo por sobre todo en una sociedad cuyo gobierno consagró la ley N.º 15.848, y que la sociedad, esa misma que tan duramente

castiga, respaldo en dos oportunidades (1989-2009), como dijimos algunas líneas más arriba, no todos los reclamos tienen el mismo eco.

Nuestras sociedades han sido moldeadas por el capital y el mercado, dos caras de una misma moneda, instalando la cultura del mercado y el consumo, volviéndolo natural de tal forma que nos es casi imposible entender la sociedad separada de esa concepción económica que la domina. Se generó en los sujetos la necesidad de obtener un producto, el que una vez alcanzado pierde importancia en favor de uno nuevo, ofertado por el mercado. Esta lógica está basada en lo que desde el psicoanálisis se llama “Principio del Placer”. La tensión existente en el sujeto devenida de la pulsión, lleva a que el “ello” busque descargarla para alcanzar el equilibrio adecuado. Esto se da mediante la obtención del objeto generador de la tensión u otro que lo represente. (Freud, 1920). El mercado genera a ojos del sujeto un sin fin de nuevos objetos deseables, representantes de la pulsión que generará tensión y desequilibrio en el aparato psíquico, llevando al individuo a intentar obtener ese objeto que le evite el displacer. Marquemos aquí un detalle que parece fundamental. No existen distintos sujetos, sino diferentes formas de explicarlo. No nos encontramos con diferentes conciencias, distintas posturas, o voces contrapuestas. Lo que vemos son sesgos permitidos de un mismo sujeto social, moldeado y útil para el andamiaje de nuestra sociedad y el sistema dominante.

Se desean cosas nuevas cada día, goces desconocidos, sensaciones sin nombre ni historia, que pierden todo atractivo, todo valor al ser alcanzadas. (Durkheim, 1897). Los individuos, hombres, mujeres, niños y adultos, transcurren sus vidas abriéndose expectantes a nuevas experiencias.

Ante esta realidad, el menor contratiempo, la menor dificultad que aparezca genera

angustia, desánimo, no quedan fuerzas para soportarlo (Durkheim, 1897).

En esa búsqueda insaciable, los sujetos transformados en simples fichas necesarias en el juego del capital, van haciendo su historia, apenas un apéndice permitido y necesario, de la historia escrita por el mercado.

Bauman (2007) “Los encuentros de los potenciales consumidores con sus potenciales objetos de consumo se convierte poco a poco en los ladrillos con que se construye el entramado de relaciones humanas que sustancialmente llamamos “sociedad de consumo” (pág. 24)

La sociedad como tal, tomó al consumo como ideal y los sujetos como un derecho. Todo se vuelve consumo, todo se consume, todos nos volvemos un producto a consumir, los objetos y los sujetos no se diferencian. Un auto y un amigo son solo dos relaciones pasajeras apuradas por una oferta mejor. Los sujetos quieren más productos, mas amigos, mas contactos, mas “Like”, mas.

Esta sociedad, estos sujetos consumidores, se caracterizan por transformar a los propios consumidores, a ellos mismos, en productos consumibles (Bauman, 2007).

El sujeto socialmente aceptado y adaptado, fue moldeado a base de un sinfín de objetos ofertados y sus elecciones.

La subjetividad de estos sujetos en la sociedad de consumo, se hace de elecciones de consumo (Bauman, 2007). De este, como de potenciales compradores del sujeto. Todo se compra porque todo está a la venta, y la moneda de pago es tan variable como el objeto-sujeto que intervenga.

Todo esto para alcanzar el goce prometido y esperado. El sujeto sólo debe elegir, eso es la sociedad de consumo. La exacerbación en el cumplimiento del derecho inalienable del

sujeto a elegir. La obligación de elegir. Para que este acto libre del hombre, tenga un final aceptable, el mercado manipula deliberadamente las opciones entre las que los sujetos pueden elegir, o ser obligados a elegir.

La finalidad es alcanzar el placer anhelado, para lo que el mercado brinda un sin fin de opciones, millones de objetos que supuestamente el individuo necesita, y se vuelven necesarios para alcanzar esa deseada y compartida meta, la felicidad. Esta lógica se basa en que el mercado asocia la felicidad, al volumen e intensidad del deseo (Bauman, 2007). Así, solo deseando alcanzar un producto la sociedad se siente en movimiento. En “Vida de consumo”, Bauman (2007) encontramos una definición que parece abarcar esta idea de manera exacta, “No llorar sobre la leche derramada, es el mensaje latente de todos los comerciales que nos prometen camino inexplorado a la felicidad” (p. 57)

La felicidad como meta. Algo tan improbable como los medios propuestos para alcanzarla. Caminamos, corremos al ritmo del mercado, ansiando alcanzar un estado desconocido, sublime, e improbable.

Bajo esta lógica vive, y se reproduce nuestra sociedad. La exacerbación del derecho a elegir, y elegir después de elegir, buscando cuál de todos esos productos nos llevará a la felicidad. Cuando el sujeto sigue el mandato socio-cultural y elige productos y sujetos sin distinción, todo el sistema funciona. De esta forma es aceptado como uno más, es parte activa, productiva y sana de la sociedad, pudiendo vivir en ella.

El sujeto es víctima de sus propias prohibiciones, miedos y juzgamientos. Adán sintió la advertencia de Dios sobre la manzana como una prohibición, sin saber realmente a qué se refería, cuál era el riesgo que ese fruto traía (Deleuze, 2006). Tememos tanto al castigo,

divino o terrenal como a las consecuencias sociales por la desobediencia. Tememos tanto a no pertenecer, a no ser parte del sistema del que estamos obligados a ser parte, que olvidamos ser. Los filósofos clásicos llamaban “Conatus” a la capacidad del ser de transformarse para así mantenerse. El hombre en su deseo de vivir y en esa vida de formar parte del sistema, se transforma, alejándose incluso de su ser primario. Los cambios necesarios sofocan, apagan al sujeto, llevándolo a no ser él, quedando alienado, ajeno a su ser, unido al sistema, su sociedad, su moral y su religión capitalista.

¿Pero qué sucede cuando el individuo elige no elegir? Cuando haciendo uso de su derecho de libertad, rechaza productos e individuos, descarta promesas de felicidad instantánea y eterna, ignora modas y modelos instalados. Cuando el sujeto desoye su cultura y el mandato social, y decide vivir una vida distinta al resto, no en conflicto, sino distinta.

Lo que sucede es que el enfrentamiento resulta inevitable, y se dará cuando la sociedad proteja su ser, la cultura que la construye, y en un acto Narcisista, al encontrarse frente a un sujeto proveniente de sus entrañas que no le acepta, lo desconozca como individuo, vaciándolo de derechos. Recordemos lo dicho anteriormente sobre cómo esta entelequia, en un sentido aristotélico, reacciona frente a los sujetos que no mantienen el camino marcado.

Hablamos antes de manicomios y cárceles. Nos queda aun la que probablemente sea la más extendida y cruel de las formas de castigo social. La exclusión. Una especie de muerte social, donde el sujeto ve, pero sin ser visto. Partiremos de una idea fundamental, el sistema establecido necesita generar y mantener un número importante de excluidos. Las razones son distintas, pero el fin perseguido es el mismo. Reforzar el poder. Así este grupo de excluidos funcionan como amenaza a aquellos sujetos integrantes del sistema de que otra

realidad existe y que llegar a ella es la única alternativa a la sublimación subjetiva, virtud de la sociedad. Por otro lado, gran parte de los pueblos excluidos caminan sobre suelos extremadamente ricos. Los estilos de vida occidentales se sustentan en la exclusión de estos pueblos. Hambrunas, enfermedades, guerras financiadas y fomentadas por los países desarrollados, mantienen en la extrema pobreza a millones de personas en extensas regiones explotadas. Hombres y mujeres absolutamente al margen, ajenos incluso a la explotación obrera y la pobreza.

La sociedad ha sido dividida en dos. Aquellos que desean querer los objetos que el mercado ofrece, puedan alcanzarlo o no, y aquellos que han sido excluidos y son mantenidos al margen por intereses del capital o como forma de castigo.

Pero, ¿Y si aun conociendo los riesgos existentes, conscientes de los castigos existentes y de cómo estos son llevados casi hasta la deshumanización, existieren sujetos que eligen no elegir, o no hacerlo en el sentido impuesto.? Integrantes de esta sociedad que no pretenden alcanzar objetos ni sujetos, que no creen que haciéndolo lograsen calmar su deseo, ni alcanzar la satisfacción y goce. Qué sucede cuando el individuo humano, no encuentra en la oferta presentada aquello que pudiera permitirle alcanzar su completud. O si acaso decide que su felicidad, esa que promete el mercado con sus productos, se encuentra en un objeto que le es ofertado, pero le resulta imposible alcanzar, hecho ante el cual decide poner punto final a su vida. Cuando el sujeto socialmente sano decide suicidarse. ¿Cómo reacciona el mercado y las instituciones internacionales dispuestas siempre a servirle? ¿Cómo lo hace la sociedad, cómo reacciona la cultura? ¿A quién juzgar cuando no hay sujeto, como designar responsabilidades y castigos?

Mercado y nihilismo social.

Nacemos, crecemos y vamos hacia el momento de nuestra muerte sobre el lomo de la esperanza. Esperanza de que el buen hacer nos llevará a alcanzar lo que anhelamos. No importa que sea, la paz eterna, el amor prometido o dinero. Vamos realizando todo tipo de tareas, gracias a las cuales nos dicen, alcanzaremos esa entelequia llamada felicidad. Pero solo cuando el sujeto se aparta del camino, vuelve al ser natural, olvidando la ley, desconociendo a dios, entonces se declara libre.

Nietzsche dice (2005) "...Dios manda a honrar toda autoridad, que no solo son mejores, sino que también les va mejor..." (p. 25). Cuando el hombre se niega a escuchar la voz que habla de un orden, nada natural por otra parte, comienza a vivir, o morir, su libertad. Dios ayer, la ley hoy, han obligado a los sujetos a ser parte o aceptar el castigo. ¿Porque no habrían de existir aquello que se nieguen a vivir bajo la ley, que él hombre o dios disponen? ¿Cómo no se levantarán los espíritus libres?

Siguiendo con Nietzsche (2017) "¿Será posible? ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que Dios ha muerto!"(P 7)

O que nunca existió, más allá de cada individuo, de la necesidad de esperanza en un futuro siempre incierto, y que alimenta su alma de fe aferrándose a un ser superior que prometen todo lo puede. Quizás esa sabiduría, el mismo ser superior está en el sujeto, que cargado de auto conciencia es capaz de ver más allá de su realidad, de la realidad que le rodea para alcanzar un estado de conciencia distinto al del resto.

Así lo plantea Heidegger (1996) "...Dios es el nombre para el ámbito de las ideas, los ideales."(p5).

Si como afirma Nietzsche en su obra, dios ha muerto y este era el mundo de los ideales.

¿Que nos separa como hombres de animales bien entrenados? Bestias amaestradas, que llevan adelante proezas circenses. ¿Cuánto ha cambiado aquel hombre del renacimiento, cuantas son las diferencias con el hijo de nuestra cultura actual? Si vemos con atención, los antiguos poderes que separaron en castas a los sujetos se mantienen, también el apetito por poseer lo material, y dominar al otro, están presentes, casi como una marca identitaria. Los ideales del hombre primitivo, aquellos bajo los cuales debería proteger su hogar, el mundo natural, los que daban el justo valor a su vida, así como a la de los otros, y donde el destaque no existía sino gracias a sus virtudes naturales ya no existen. Nadie recuerda si existieron.

Nietzsche (2017) “Yo os enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado” (p.8). Este superhombre es libre, autosuficiente. Ha renunciado a la sociedad, él se alejó para alcanzar la libertad. No puede ser dominado y no busca dominar, ahí está su libertad.

Nietzsche (2017) “La hora en que digáis: « ¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar. ¡Sin embargo, mi felicidad debería justificar incluso la existencia!»”(p9). La propia existencia del hombre camina sobre una realidad modificada, representada por la sociedad. Porqué es ejemplo aquel que descansa en su cama, en algún barrio acomodado, y evitamos a quien, entre cartones pasa la noche. Si allí decide esperar el día, que hace sino disfrutar de su libertad, aceptar las consecuencias y enfrentar la naturaleza. No es ese hombre quien hace un voto de pobreza, sino el otro quien decide por si cerrar lo que considera suyo.

Nietzsche (2005) “...necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores -y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron...”.

(p.28)

La historia no solo está escrita por los vencedores, participan también la moral, las reglas de convivencia, lo bueno y lo malo. ¿Porque un sujeto libre, en el uso de esa libertad, debería aceptar valores, creencias, dogmatismos políticos o religiosos?

El súper hombre propuesto vive en una lógica ajena, distinta a la impuesta. No quiere compartir creencias, costumbres, ni rituales. Habita un mundo que le es ajeno, confuso, hostil y aun así, decide cómo vivir y morir. No hay dios, ni moral real, que pueda arrogarse el derecho de decidir qué es y que no es correcto, al momento de andar. Como vimos, si existió, lo que revisando rápidamente la historia de la humanidad, y las lógicas de poder y dominio bajo las que ha vivido el ser humano, parece poco probable, dios ha muerto. Y con él, la esperanza de vivir en un mundo ajeno a la corrupción del hombre.

La cultura no es solo aquella que da forma a la unión de un pueblo determinado, es la base del dominio por parte de los intereses económicos, sobre los pueblos. El castigo ante el corrimiento es inmediato y severo. Y no hay lugar alguno para el diferente. Se estigmatiza al sujeto que haciendo uso de su libertad decide morir, y a aquellos que rodeándolo, no supieron contenerlo. Se olvida el dolor que sufren, y se los castiga.

El individuo suicida, engaña al sistema eligiendo ya no pertenecer. Lo desaira, burlándose, escapando, cuando aún debía completar sus transacciones, de manera tal de cumplir con lo establecido. Desobediente encuentra en su muerte, buscada, provocada, otro camino. Ajeno a las voces que lo amenaza, a las enseñanzas recibidas que le inculcaron el respeto irrestricto a la vida. Da la espalda a una sociedad que sienten, hace ya tiempo les ha olvidado, les ha dejado al margen, siempre atenta, siempre amenazante.

En uso de esa libertad que le es propia, y que se niega a que le sea expropiada, enfrenta el

único orden real, la naturaleza, de forma autónoma. Incluso al morir, al decidir morir, no espera mayor castigo de dios alguno. Y si le tocara volver a empezar en este mundo, sabe que lo hará de la misma forma como lo ha hecho en esta existencia. Libre.

Soledad sin crucifijo

El Uruguay Batllista que defiende las empresas públicas, y abraza la democracia como instrumento imperfecto, pero único para proteger sus derechos, separó a partir de la constitución de 1918, artículo 5, la iglesia del Estado.

Ese Uruguay laico, ha liberado al Estado al momento de tomar las decisiones que se creen más convenientes para la sociedad, del peso de la religión. De sus teorías, sus lógicas y sus creencias. Pero también, ha dejado en ocasiones, a los sujetos liberados a su suerte en momentos de dolor, desesperanza o angustia. La soledad hace constante la violencia de la vida y de la muerte. Y esa violencia se hace aún más fuerte cuando la pobreza y la exclusión forman parte del día a día.

La situación suicida en el Uruguay contemporáneo posee esa negación de poder inscribir a la muerte. Sin una matriz simbólica que recupere alguna sacralidad de cualquier orden, sin imágenes ni puentes semánticos para atravesar la vida y la muerte, la muerte (y la vida) se puebla de inanidad, desterrándose las posibilidades de comunicación y petrificando la violencia del silencio de la situación suicida. Requerimos urgentemente nuevas imágenes, moralidades y sacralidades, para darle lugar a ese diferente, a ese otro, que en su razón especular, logra erradicarnos del aislamiento, devolviéndonos a nosotros mismos a nuestro lugar vital, obliterando la situación suicida en tanto salida posible. Traer nuevamente a los suicidas del olvido, no para celebrar la muerte, sino para elaborar todos esos duelos sin tapujos ni vergüenzas, desde otras racionalidades. (Guigou, 2017, p. 218-219)

Aun en estos años de gobiernos de izquierdas, y pese a los avances en los derechos sociales, (avances logrados gracias a la apertura del gobierno sí, pero bajo el empuje constante, y la lucha diaria de organizaciones civiles y la sociedad en su conjunto), la soledad, el aislamiento, la voz callada, son parte del día a día de centenares de uruguayos. Los pasos dados desde distintos ministerios en procura de forjar redes de contención, han sido guiados hacia las necesidades básicas (alimentación, salud biológica, y trabajo). Desde el corazón de un pueblo de obrero, no podemos sino aplaudir cada uno de los esfuerzos destinados a aliviar esas urgencias. Aun así, sentimos la falta de una línea de trabajo que apunte a sostener y acompañar, a aquellos que por distintas razones, se encuentran abrazados, cuando no atados, a la desesperanza. Los avances en procura de lograr una mejor atención, desde el punto de vista de la salud, a la totalidad de los ciudadanos, poniendo el énfasis en los menos favorecidos y siempre postergados en sus derechos, son mojones que marcan el necesario camino a seguir por la sociedad, hacia un modelo más igualitario y justo. La creación del FONASA, permite la igualdad de oportunidades para todos los estratos de la sociedad, al momento de alcanzar la atención en salud, dando al sujeto el derecho a elegir dónde y cómo atenderse. La aprobación de la ley N°18473 (Voluntad Anticipada), da un marco legal al momento de alcanzar un final digno a tantos pacientes, que vieron hasta entonces innecesariamente alargada su agonía, permitiéndoles decidir hasta qué punto llevar ese sufrimiento, esa esperanza vana, ese deambular dolorido. Finalmente con la aprobación en 2017 de la ley de Salud Mental, el Estado generaba un conjunto de herramientas novedosas para enfrentar los males físicos, las agonías inexplicables, y los encierros manicomiales, dados estos tras los muros, o bajo la piel del sujeto.

Aun estos avances, la lucha por un mejor vivir, e incluso un mejor morir, continúa ajena a

la mayoría de los sujetos que no encuentran su lugar en esta sociedad. Las mejoras planteadas se encuentran dentro de una lógica establecida, guiada, por la idea biologicista y el poder médico hegemónico. Curamos a más personas, ayudamos a morir a otras, pero todo esto bajo los lineamientos dominantes. Siempre que estas lógicas crean conveniente, ayudar a vivir, o morir. Es una especie de autorización desde los centros de poder del mundo, para generar una serie de engranajes, que juntos trabajen en busca de que más personas sean parte de un existir, algo más digno. Aún esto, la lógica marcada es clara. Para alcanzar estos derechos primero se debe demostrar la enfermedad. No es estar vivos, o ser libres, razón suficiente. El poder médico representante de las clases dominantes es el fiel de la balanza que autoriza, o no, al sujeto a morir. Estos albaceas sociales resultan rigurosos custodios del orden establecido. La biología nuevamente es puesta por sobre el sujeto.

Sin embargo, aquellos que libres de enfermedades no encuentran razón para continuar, quienes ven en la angustia o la nostalgia, sus únicos compañeros. O aun esos que vencidos por el mercado, decepcionados de éste, deciden poner fin a su vida, no encuentran el respaldo necesario para que este hecho, si deciden finalmente tomar esa decisión, no se vuelva otro golpe. No encontramos dentro de las instituciones, esos compartimentos donde el sujeto con idea suicida, sea visto, tratado, atendido y entendido como tal, sin secretismos, sin temor a las palabras y sus significantes. Un lugar donde valorar al sujeto, desde sus emociones, su decir, su sentir. Donde pueda razonar sus motivos, valorar sus alternativas y quizás continuar, teniendo otra perspectiva, con su vida. O, si el caso fuera, llevar adelante su derecho de decir 'hasta acá', y terminar de manera digna su vida. Sin reproches. Sin deudas pendientes. Irse libres, sin permisos, con la tranquilidad que el hacer uso de su libertad les otorga. Morir como lo decidieran y solo por ellos, sin la obligación de demostrar mal alguno, Nos faltan espacios

capaces de proteger a quienes ante la pérdida del ser querido, mantienen decenas de preguntas sin respuestas. Resulta imprescindible, generar el encuentro de uno con el otro, para que llegado un punto, no sean malos aquellos que deciden morir, ni culpables quienes les sobreviven.

No hablamos de instituciones encargadas de cuidar el alma del sujeto, ni siquiera es nuestra intención plantear la existencia o no de un alma. Mucho menos podemos creer en que institución alguna, pueda arrogarse para sí, el derecho a cuidarla. No buscamos un elegido capaz de perdonar y entregar a la vida eterna. Que nos podría llevar a pensar que alguien pudiera ansiar esa vida eterna. Que le daría a un sujeto, tan humano como nosotros, el derecho y el deber de decidir quién es apto y quién no, para continuar de alguna forma vivo eternamente.

No reclamamos con voz moralista cambios en la base de la sociedad, en sus ideales, sus modelos, su cultura o subjetividad. Apenas si pensamos que no existe recompensa, si el camino seguido nos fue marcado. Que no hay mayor acto de fe, que aquel que muestra la fe, en nosotros mismos. En el respeto a la libertad de conciencia, de ser y hacer, de nosotros, pero también de los otros.

La soledad en esta esquina del mundo resulta tan desesperante y común, como en las más grandes ciudades del globo. Y el derecho a ejercer la libertad, nos llega igual que a esas urbes, con manual de buen uso.

Morimos solos, aun rodeados de otros. Solos, con nuestras penas, nuestros dolores y fracasos. Buscamos entre muchas voces encontrar la nuestra. Oímos, los sonidos que nos indican hasta cuando vivir, y cómo hacerlo. Son miles los hombres y mujeres que sufren el castigo del olvido, el destierro de su recuerdo, el silencio ante su nombre, por solo decidir

morir. ¿No es acaso demasiado castigo al ejercicio de la libertad? ¿No somos libres de decir adiós?

Reflexiones Finales

Un sujeto adaptado, apto para formar parte del sistema que domina el mundo será, como vimos, aquel que sea capaz de cerrar las transacciones necesarias y esperadas. Pero sobre todo, aquel que esté deseoso de cerrarlas. Ese es el individuo ideal para el sistema, el sujeto deseante. Aquel que replica una y otra vez esta lógica capitalista, al tiempo que se presenta como vocero y representante de las increíbles ventajas que este sistema presenta ante los niños y jóvenes, nuevos clientes del mercado que comienzan su adoctrinamiento de manera temprana. El mercado ha sido capaz de generar una nueva clase de “Masa Artificial”, que viene a unirse al ejército y la iglesia, y que en su ser y hacer funciona con la misma lógica, arrasando con la individualidad, arrollando al indeciso, envolviéndolo en un consumismo desenfrenado.

El sujeto autómatas perfecto, perfecto deseante, espera una nueva oferta con renovadas esperanzas. La felicidad prometida aparece como una especie de espejismo, casi tan real como imposible.

Envueltos en esa masa de bullangueros consumidores, adeptos a la única religión global, miles de sujetos deambulan sin encontrar razones suficientes para continuar abrazados a la esperanza de alcanzar finalmente aquello que le permita la completud personal, la satisfacción con el ser propio, incluso aquella felicidad prometida, sin importar qué significa esto para cada sujeto, o como la represente.

Ajenos a la orgía consumista, decepcionados por la realidad que la sociedad ha

construido, diagnosticados como enfermos, conviven en soledad, arrastrando un silencioso sufrimiento. En conflicto con el medio que les toca habitar, pero aun con ellos mismos, buscando adaptarse fingiendo ser uno más, aceptando el mandato que mercantiliza todo y a todos, hasta que sin más fuerzas para engañarse y engañar al mundo, se declaran libres.

La enorme angustia que conlleva la libertad. La conciencia de saberse libre, de conocerse libre, de descubrirse libre, resulta para algunos insoportable. El sujeto que dominado por ese impulso de vida, que lleva al ser humano a los mayores sacrificios en busca de alcanzar sus sueños y anhelos, queda envuelto por la angustia, cuando se enfrenta al hecho de nacer solo para morir, y en esa muerte sólo encuentra incertidumbre. ¿Cómo vivir y esperar morir? ¿Cuándo morir? El sujeto en uso de su libertad, verdadero faro de luz a seguir. La verdadera religión que alimenta el alma, motor único del hombre, deberá ser quien decida cuando llegue la hora del final.

Maldito Bell

El teléfono sonó. La voz que del otro lado hablo, se identificó como integrante de las FFAA. Alguien, en una nota encontrada muy cerca de donde su cuerpo colgaba sin vida, pedía que al encontrarla me llamaran, que yo sabría qué hacer.

Hacía ya un par de meses que no la veía. La última vez, fue un encuentro fortuito. Caminando por la feria de Tristán Narvaja nos encontramos, me invitó a tomar unos mates en el cuarto que alquilaba sobre 18 de julio, y una vez allí me dijo que en unos días, podrían llamarme preguntando por ella. Que no me preocupara, era solo un trámite, nada importante.

Mientras escuchaba la voz de ese soldado (soy un absoluto desconocedor de los grados o cargos militares), no podía más que recordar ese encuentro, y sus palabras. No fue este el primer intento de suicidio que cometía. Ni eran nuevas sus ideas suicidas. Si fue este el momento final, fue porque en otras ocasiones, por casualidad o impulsado por la preocupación, alguien llegó a tiempo. Había elegido esta vez a la persona indicada, para sin saberlo, servirle de cómplice. Lo importante es saber que le llevó durante tiempo, una y otra vez, a pensar que la salida estaba en sus manos.

No fue fácil su vida, y no digo que esto la convirtiera en un ser único. Se crió sola, alejada de sus hermanos y padres, que decididos a instalarse en Buenos Aires, no dudaron en dejarla, siendo una adolescente, a cargo de una tía, ante su negativa a emigrar. Dueña de una gran inteligencia, lectora empedernida, la vida, el sistema, o quien sabe quién o quienes, le hicieron imposible terminar su trayectoria educativa. El trabajo temprano fue el camino a ese espejismo de libertad, que tanto ansiaba, y si la nostalgia por la familia perdida la lastimaba, en el silencio encontró su escudo.

Cuán poco sabemos del amor, acaso aún menos que de la vida. Este sentimiento que a

tantos completa, que entrega a hombres y mujeres una razón para continuar, resultó ser un peso demasiado grande para ella. -Me enamore de un hombre mayor-, me confesó una tarde, -hace años, cuando yo era una gurisa, él estaba casado y tenía hijos- completo. Para cuando me reveló ese pedazo de historia, ella apenas superaba los cuarenta, y él era un jubilado que arrastraba un divorcio. Durante los años que siguieron a esa confesión, las idas y vueltas fueron la norma en su relación. Claro que no estamos aquí buscando una razón, menos aún, un culpable, apenas intentando unir líneas.

Lo cierto es que la soledad, aún la auto impuesta, nos deja demasiado unidos a nuestros pensamientos, en ocasiones, casi a merced de ellos.

La tarde, luego de su muerte, reunidos un pequeño grupo de personas, entre lágrimas esperables, intentamos encontrar sentido a esa decisión. Buscamos razones, distribuimos culpas, analizamos alarmas que nunca oímos. En definitiva, lejos de comenzar a despedirnos, intentamos descubrir en que fallamos. Porque siempre somos nosotros. Porque, ni aun en el último instante y aferrados a nuestro egoísmo natural, logramos contemplar al otro desde su propia vida, sus alegrías, sus tristezas, sus miedos y razones. Y así, llegamos demasiado tarde a extrañar, a valorar lo inmenso de sus palabras, a agradecer su oído siempre dispuesto a escuchar.

Estamos contruidos desde nuestra matriz social, para ver y pensar al otro, como parte de este todo que llamamos sociedad, y no podemos aceptar, ni entender que escapen. La verdad es que en su alma, aceptemos por un instante la existencia de esta, su corazón, su ser, ya no podía seguir. Lo único cierto, es que una vez más su carácter libre, libre de maldad, de revanchismos, de egoísmo, que tantos días nos regaló un cariño capaz de inundarlo todo, dijo adiós. Fue tan noble en su final, ese que eligió aquel día, que lejos de ir tras culpables

posibles, en vez de acorralarnos por nuestro mezquino tiempo, que no supo recompensar el suyo, decidió simplemente dejar de sufrir.

No se cura el mal del alma, no hay remedios para el desamor, ni doctor capaz de acompañar la soledad.

Convivimos con nosotros mismos, sin importar cuantos nos rodean, en silencio y soledad. Sujetos independientes, ajenos al resto, que sufren, ríen y luchan por alcanzar un futuro mejor.

Guerreros

Al ver la pantalla del teléfono un lacónico “Murió”, aparecía en él. No venía acompañado de nombre alguno, ni un saludo primero, no daba pistas de donde y menos aún las causas. No era por entonces necesario profundizar en mayores detalles.

Hacía ya, unos dos meses, de la última vez que le había visto. Delgada al extremo, un drenaje de un lado, y una vía, por la que le pasaban los calmantes, del otro. -Me ponen morfina-, nos dijo entrecortado, y yo recuerdo la sensación extraña que sentí cuando escuche eso. No encontraba en mi memoria otra ocasión en la que estuviera junto a alguien a quien le administrarían esa droga, convertida ya, gracias a tantas series de TV y películas de cine, en una especie de leyenda. A su lado en aquella cama, aferrada a ella como si de esta forma evitará que levantara vuelo, su hija le abrazaba de manera desesperada, (al menos a ojos de quien poca experiencia tiene, en ese vínculo tan especial que se da entre madres, padres y sus hijos). -Anda a estudiar boluda, en dos horas voy a seguir acá- le alentaba con pocas fuerzas y menos deseos de que esa chica se separase de ella. A lo largo de esa tarde que compartimos, la última en que la vi, junto al grupo de compañeros con que fuimos, su hija y

su pareja, incluso fuimos parte y testigos de cómo hacía planes a futuro. Si iba con tal o cual vestido al cumpleaños de la hija de fulana; si viajaba al interior con su padre a visitar a un “médico naturista”; si el próximo semestre se lo tomaba con calma en facultad. Proyectos y dudas que se abrían, en tanto el camino se cerraba.

Las voces bajas, casi en susurro, nos acompañaron por el pasillo rumbo al patio, y aun en él. -Es una guerrera!!!-, se escuchaba. -Lucha, y lucha, y lucha- -Hay que seguir peleando, por ella más que nada- Es curioso cómo a días de un final predecible, visible, anunciado por la realidad que vivimos, lo único que se nos ocurre son frases relacionadas a la tragedia humana que significa la guerra. Parece que no encontramos mejor forma para darnos ánimos frente a circunstancias difíciles, que recordar lo crueles que podemos ser.

Las semanas siguientes fueron de ausencia, ya eran más los momentos en que debido a los calmantes, dormía, que aquellos en que se mantenía despierta. Cuando por ahí nos encontrábamos quienes le conocíamos, o en las charlas que por whatsapp manteníamos en busca de alguna noticia nueva, una y otra vez alguien nos recordaba que -es una guerrera!!!-

Me sorprendí al recibir, dos o tres semanas después de aquella visita a su casa, un mensaje suyo. Preguntaba en qué andábamos, como estábamos. La llame casi de inmediato, no se podía desaprovechar, sabía yo, ese momento de lucidez. Al saludarle me preocupé por mostrarle lo contento que me ponía saber que estaba bien (o al menos mejor, como para mensajera un ratito) lo lindo que sería para todos cuando les contara. Su voz fue tan baja, tan tenue, que casi logró hacerme olvidar que estaba contento. Tan lejos de aquella voz que conocimos, clara, atropellada, que no podía esperar para arrasar con todo. De inmediato quedó claro que no serían más que unos minutos de charla, y que el esfuerzo requerido, traería consecuencias. -No pensé que esto sería así- me dijo. -No aguanto el dolor, vivo

durmiendo-, -Tenía tantos sueños, yo quería que trabajáramos todos juntos, alquilar un lugar entre todos-. - No puedo hablar con mi papá sin ponerme a llorar-. - Es horrible abrir los ojos, y ver en un rincón a mi hija llorando-. No recuerdo con qué rebuscado chiste de humor negro intente salir, como lleve el breve momento de conversación que continuó a otros temas, sin dudas más banales, pero que me ayudaron a escapar.

Luego de ese día, y hasta ese “Murió”, no volvimos a hablar, tampoco respondió ningún mensaje. Ya no lograba estar consciente más que algunos minutos al día. Los sedantes para soportar el dolor lograban que ya no estuviera, aun cuando respiraba.

En los últimos encuentros que por aquel entonces tuvimos sus compañeros, por ahí, por solo andar, ya no se repetía el mantra de la guerrera, y cuando ese mensaje que comenzó a cerrar esta historia, se replicó tantas veces como para que todos estuviéramos enterados, el deseo fue único, -Que descanse-, no con alegría pero si con el alivio que significaba, ya no ser testigos de ese sufrimiento. -Que finalmente, descanse-.

Cuando alguien muere, la historia parece repetirse, una, y otra, y otra vez. No importa donde, no importa quién, no importa por qué. Gentes que sienten con pesar la partida de este mundo, del mundo nos apuramos a decir, de aquel sujeto al que les une afecto, cariño, una historia compartida.

Morir es en definitiva, simplemente dejar de vivir. Un acto sencillo y repetido, que se produce en una fracción de segundo, y puede alterar la vida de tantas personas. La pena, la tristeza y el dolor, aparecen como fondo de una realidad imposible de evitar. Tan común como nacer, beber o respirar, morir es un hecho más en nuestro andar. Nos falta valor para aceptarlo sin más, quizás por el miedo eterno a lo desconocido, al futuro que no podemos controlar, o por ese ego humano tan presente, y que nos dice que era tanto lo que le

necesitábamos aun, que era tanto lo que podía darnos. O por el mero hecho de aferrarse a eso que nos hace bien, por lo muy feliz que fuimos en la vida.

¿Qué diferencia hay entre una y otra muerte? ¿Cuál es el valor extra que sentimos tiene la vida de aquellos que soportan días, meses, y hasta años de dolor, a base de drogas, calmantes, e internaciones, solo resistiendo, alargando sus vidas y con ella, su sufrimiento? ¿Qué nos hace pensar que aquellos “guerreros”, aman más la vida, que quienes sintiéndose vacíos, vencidos, incompletos ante alguna falta sentida, incapaces de seguir, deciden morir?

Parecemos creer que en tanto arrastran la enfermedad que los lleva a la tumba, les premiamos viéndoles sufrir, saboreando su derrumbe físico, durante un tiempo en que ellos, no alivian su dolor, ni acortan su agonía.

Somos seres constituidos, por la sociedad, la cultura, la religión, y el mercado, de tal forma, que nos es natural el egoísmo ante el dolor ajeno. Cuidado, dijimos el egoísmo, no la apatía o el desinterés. Entendemos lógico incluso sufrir al lado del enfermo, pasar noches sin dormir pensando en lo que vendrá, extrañándole ya, sintiendo su ausencia desde antes de su muerte.

Enfermedades, tristezas, angustias, miedos, realidades de la vida que llegan a ser para algunos, insoportables, y nosotros desde nuestro ser moldeado a semejanza y necesidad social, incapaces de decirle “busca ser feliz”, aun cuando esto implique el alivio que solo da el final.

Morir. De cáncer, sida, en un accidente de tránsito, o tras un suicidio, es siempre morir. Un hecho natural, único, inevitable. Una realidad que desde el propio nacimiento conocemos como cierta.

Morir en el dolor, o bajo el acto más valiente. En una cama de hospital, o a consecuencia

de una decisión propia.

Morir por amor o desamor, huyendo de algo o yendo tras algo. Siendo viejo, joven o apenas un niño. Morir porque la conciencia no encuentra ya excusas para evitarlo, o en busca de ese amor adolescente que un día se escapó, y hoy vive tras una nube.

En definitiva, morir es el acto más revolucionario al que pueda aspirar un hombre. Lo único que todo lo cambia. Lo que nos deja en lo desconocido. Lo que nos pone a la par con dios, al solo decir basta.

A ellos

A los muertos.

A quienes murieron libres, de día y noche. Con sus huesos enfermos, o su alma intoxicada.

A quienes dejaron amores, odios, sueños y mañanas que fueron deseados, y a quienes alcanzaron sus sueños, besaron sus amores, y desalentaron odios.

Gracias a quienes sufriendo, fueron capaces cada día de encontrar una razón para continuar. Quienes desmontando el dolor, regalaron sonrisas, agradecieron visitas y palabras, entregando sus fuerzas a pasajeros furtivos.

Gracias a quienes no encontraron las razones para continuar. Desobedientes valientes, que dejaron de lado las dudas, los miedos y amenazas, para marchar sin esperar alcanzar cambio mayor, más que aquel que necesariamente permite la muerte.

A los menos fuertes, que incapaces de enfrentarse solos a sus miedos, buscaron refugio en la palabra ofrecida y que prometía entregarles un instante de paz. A ellos gracias.

A los luchadores eternos y a quienes extienden su mano pidiendo ayuda. Gracias.

A ellos todos, gracias. Por ser libres en su elección. Por la libertad que nos enseñaron.
Porque continuar o no, dependerá solo de nosotros.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2007) *Vida de Consumo*. México, Ed. Fondo de Cultura Económica
 Recuperado de <https://construcciondeidentidades.files.wordpress.com/2017/11/bauman-vida-de-consumo.pdf>
- Canetti, A. (2017) *La conducta suicida desde la perspectiva psiquiátrica. En: 70 años de Suicidio en Uruguay: 7 disciplinas, 7 entrevistas, 7 encuentros.* (p. 107-134).
 Montevideo, Uruguay: CSIC - Universidad de la República
 Comisionado Parlamentario Penitenciario (2018). Informe 2018
 Recuperado de <https://parlamento.gub.uy/cpp/documentos/informes-al-parlamento>
- De Paula, T.; Botelho, E.; Silva, J. (2015). *Estigma social en el comportamiento suicida: reflexiones bioéticas.* Rev. Bioet. N.º 23 (2); p. 427- 434 Recuperado de
http://www.scielo.br/pdf/bioet/v23n2/es_1983-8034-bioet-23-2-0419.pdf
- Deleuze, G. (2006) Spinoza: *Filosofía Práctica*. Buenos Aires: Fabula. Recuperado de
<https://gnoseologia1.files.wordpress.com/2011/03/deleuze-spinoza-filosofia-practica.pdf>
- Durkheim, E. (2009) *El suicidio*. Buenos Aires: Centro Editor de Cultura (Trabajo original 1897)
- Foucault, M. (1975) *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno
- Foucault, M. (1982) *El sujeto y el poder.* Rev. Mexicana de Sociología, Vol. 50 (3) 2-20
- Freud, S. (1992) *Más allá del principio de placer. En: Obras completas.* Vol. 18 (Pág. 1-62)
 Buenos Aires: Amorrortu
- Guigou, N. (2017) *Suicidio en el Uruguay: la violencia del silencio. En 70 años de Suicidio en Uruguay: 7 disciplinas, 7 entrevistas, 7 encuentros.* (p. 211-220). Montevideo,
 Uruguay: CSIC - Universidad de la República

- Heidegger, M. (1996). *La frase de Nietzsche “Dios ha muerto”*. En Heidegger, M., (pp. 190-240). Madrid, España. Recuperado de <http://www.geocities.ws/nayit8k/biblioteca/fras.pdf>
- Ibarra, I. J., 2008 *Diatriba al derecho, la razón de Estado y los aparatos disciplinarios*. Recuperado de https://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=1218
- López, A. M. (2008) *La relación entre las inclinaciones naturales y la razón práctica en la summa theologiae I-II Q. 94, a. 2. Konvergencias, filosofía y cultura del dialogo* Vol. 5 (17) Naciones Unidas (2019) Población. Recuperado de <https://www.un.org/es/sections/issues-depth/population/index.html>
- Nietzsche, F (2005). *La Genealogía de la moral*. Madrid, España: Ed. Alianza. Recuperado de <https://bibliotecavecina.files.wordpress.com/2015/06/nietzsche-friedrich-la-genealogia-de-la-moral.pdf>
- Nietzsche, F. (2017). *Así hablo Zaratustra*. Islas Baleares, España. Bib. Digital Abierta. Recuperada de <file:///home/ceibal/Descargas/Friedrich%20Nietzsche%20-%20Asi%20Hablo%20Zaratustra.pdf>
- MSP (2011) *Plan Nacional de Prevención del Suicidio*. Recuperado de file:///home/ceibal/Descargas/Plan_nacional_de_prevenccion_del_suicidio.pdf
- MSP (2019) *Prevención. Índice de suicido se mantuvo estable en 2018*. Recuperado de <https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/comunicacion/noticias/indice-suicidios-se-mantuvo-estable-2018-2025-cada-100000-habitantes>
- Organización Mundial de la Salud (2004) *El suicidio, un problema de salud pública enorme y sin embargo prevenible, según la OMS*. Recuperado de <https://www.who.int/mediacentre/news/releases/2004/pr61/es/>
- Organización Mundial de la Salud (2012) *Salud Mental. Prevención del Suicidio*. Recuperado de <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/suicide>
- Organización Mundial de la Salud (2019) *Suicidio*. Recuperado de <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/suicide>

RAE (2019) Recuperado de <https://dle.rae.es/suicidio?m=form>

(2017) *Suicidio palabra tabú. Después del suicidio- Asociación de Supervivientes.*

Recuperado de <https://www.despresdelsuicidi.org/quienes-somos>

(2019/ 17 de julio) *La tasa del suicidio aumento en 2018 en Uruguay.* El Observador.

Recuperado de <https://www.elobservador.com.uy/nota/la-tasa-de-suicidios-aumento-en-2018-en-uruguay-201971792449>